

hacemos, ¿por qué hemos de estrañar que él nos repulse á nosotros? No hay remedio, cristianos, ó convertirse á Dios en tiempo, ó morir en el pecado para bajar al infierno. Si deseais que Jesucristo os escuche en la hora de la muerte, escuchadle vosotros ahora; si quereis encontrarle cuando le busqueis, no le perdais ahora de vuestra vista, pues no obstante su justicia, de tal modo es misericordioso, que si ahora cuando todavía os espera os volveis á él y le llamais, le vereis en el momento estrecharos en su corazon y lavaros de vuestros pecados.

A la impenitencia final, á ese estado lastimoso conducen los vicios, la rebeldía del corazon. ¡Ah, mis hermanos! Si vosotros tuvieseis que presenciar las escenas que nosotros los sacerdotes presenciamos en el desempeño de nuestro ministerio, conoceriais entonces cuán al pié de la letra se cumplen las palabras del Señor: si os colocáseis como nosotros en la cabecera del moribundo para recibir su última confesion, experimentarais ciertas sensaciones que hasta aquí no habeis experimentado jamás. ¿A quién no mueven las palabras dulces y consoladoras del ministro de Jesucristo en el trance de la muerte? ¿Qué corazon no se ablandará al escuchar los consuelos de la religion? ¿Qué hombre no se estremecerá y se sentirá movido al arrepentimiento? El pecador obstinado. Este quiere á veces buscar á su Dios, pero no puede por esfuerzos que haga moverse al arrepentimiento: su corazon está aun en el mundo: Dios le niega sus auxilios en castigo de su rebeldía, y el que toda su vida caminó por la carrera del vicio y de los crímenes, presenta á los ojos del Sacerdote todas las señales de una reprobacion eterna. El ministro de la religion refuerza sus

razones: pónete delante de los ojos los tormentos de Jesus y la muerte ignominiosa que sufrió por salvarnos: en vano le habla de misericordia y de perdon: en vano le anuncia un generoso indulto. ¡Nada basta para moverle á dolor!.. ¡Aquel corazon encallecido, digámoslo así, en la maldad, no es susceptible de arrepentimiento y cuando mas, por evitar que mas le cansen con discursos que no pueden menos de atormentarle, hace una confesion falta de todas las condiciones que deben acompañar. ¡Ay, mis hermanos! Cuántas veces levantamos nuestra mano para absolver al moribundo, y parecenos sentir una fuerza estraña que detiene nuestro brazo, y al decir *yo te absolvo*, nos parece escuchar una terrible voz que dice en nuestro oido: *¡Yo le condeno para siempre!*... No son ponderaciones para aterrarnos: son sí realidades, y realidades que por desgracia presenciamos. Tal es el fin de una vida criminal, tal es el efecto del olvido de Dios y de su ley, la impenitencia final, la muerte pésima del pecador: *et in peccato vestro moriemini*.

No hay duda que segun es la vida así es la muerte: una vida santa conduce necesariamente á la muerte preciosa; una vida criminal á la muerte de los réprobos. Si os dedicárais á asistir enfermos de muerte, aprenderiais en esos elocuentes libros á los que va desencuadrando la muerte, á vivir bien para bien morir. Nada de cuanto llevamos dicho se opone á la misericordia de Dios, ni por la pintura verdadera que acabo de hacer, creais que Dios no esté dispuesto á perdonar al pecador que le invoca, por mas que sus pecados no tengan número. Pero para que así obre el Señor, es necesario que haya mudanza del corazon, es necesario buscarle por medio de una buena confe-



sion, y ved aquí el motivo de morir muchos impenitentes. Lo dificultoso es hacer una buena confesion en el artículo de la muerte. Yo quiero suponer que teneis el pensamiento de hacerlo así, pero decidme, ¿sabeis cuál será vuestra situacion en aquel extremo? ¿No es fácil que aletargados por una calentura esteis fuera de razon para poder moveros á dolor y confesaros? ¿No es fácil que vuestra enfermedad sea de esas que empiezan por privar al enfermo de sus sentidos? Y aunque la enfermedad os dé tregua, podeis desenredar en aquel trance la enmarañada madeja de una conciencia que no se ha limpiado en muchos años? ¡Ah! Cuán difícil es hacer una buena confesion en aquellos momentos! ¡Cuántos mueren habiendo cumplido al parecer con las obligaciones de su estado, y sin embargo se pierden para siempre! A este estado triste y miserable conducen los vicios á las criaturas. Saben los cristianos que tienen que morir: saben y creen que hay gloria é infierno: no ignoran que una muerte desgraciada é impenitente les priva para siempre de las delicias de la gloria, conduciéndolos al lugar de los réprobos: saben la dificultad de convertirse en la última hora, y sin embargo, cual si fuese mentira la muerte y el juicio, el infierno y la gloria, viven en el mas lamentable abandono; corren precipitadamente trás las vanidades del mundo; concurren á las casas de juego, á los lugares de la intemperancia ó de la embriaguez, y á reuniones de Satanás, donde ni se piensa ni se obra conforme á la ley de Dios. Seguidlos, mis hermanos, y al ver sus costumbres, la licencia de sus vidas, al verlos saltar de rama en rama por el acopado árbol de todos los vicios, no podreis menos de preguntar; ¿son estos cristianos? ¿Son miembros de la iglesia de Jesucristo? ¿Son criatu-

ras regeneradas por las aguas bautismales? Son cristianos en efecto, os contestaré yo, pero lo son tan solo en el nombre, pues que sus obras están muy distantes de ser de cristianos. Esos que veis con esas costumbres paganas, envueltos en todos los vicios, quemando incienso ante ídolos que adoran, dicen que profesan la fé de Jesucristo, pero están confiados en que se convertirán á la hora de su muerte. ¡Qué contradiccion tan monstruosa! Vivir al modo de paganos y jactarse de creer en Jesucristo y en su santo Evangelio, es ciertamente un contrasentido inesplicable. Vivir de ese modo tranquilos esperando en la misericordia de Dios que les dará su gloria á través de tantos crímenes, es querer hacer un juguete de la Divinidad; es querer que Dios esté sujeto á los caprichos de las criaturas. Os engañais los que tal creais. Dios perdona lleno de bondad y misericordia al pecador que le busca, al que le llama, aunque sea en la hora de la muerte, pero si con esta confianza vivís, el Señor en castigo de vuestras maldades retirará su gracia, no os concederá sus auxilios, y aunque le busqueis, no le encontrareis, y morireis en vuestro pecado. No soy yo el que lo dice, son si palabras testuales del mismo Jesucristo. *Ego vado, et quæretis me, et in peccato vestro moriemini.*

Yo creo, mis hermanos, que convencidos vosotros de verdades de tanta importancia para nuestra salvacion, deseareis caminar en adelante por los senderos de la virtud, tratando de vencer á los enemigos de nuestras almas. ¿Quereis morir bien? ¿Deseais que no se efectúe en vosotros la terrible sentencia de Jesucristo? Pues vivid ahora como quisierais haber vivido á la hora de vuestra muerte; frecuentad los santos Sacramentos y arreglad vuestras costumbres á la ley



inmaculada de Jesucristo. Para esto, haced grandes esfuerzos para lograr el triunfo, así de los enemigos interiores como de los exteriores. Los enemigos interiores son las pasiones. Dios ha grabado en nuestra alma, al formarnos á su imagen y semejanza, el deseo del bien, pero corrompida nuestra naturaleza brotan de nuestro interior esas pasiones que embargan nuestra razon y nos despeñan al abismo de la perdicion. Al principio las pasiones son débiles, entran como con miedo á apoderarse del corazon del hombre, pero si no hallan resistencia toman incremento lo mismo que las llamas que se apoderan de un edificio, si son agitadas por el aire: por esta causa se hacen mas dificiles de extinguir las pasiones cuanto son mas antiguas, como es mas dificil apagar el incendio, cuanto mas tiempo lleva de duracion. ¿No habeis observado en los grandes incendios que se van debilitando las llamas, conforme el edificio se vá reduciendo á cenizas? Así exactamente sucede al hombre que ha dejado tomar incremento á las pasiones dentro de su corazon, que solo ellas se van debilitando cuando el hombre va quedando sin fuerzas, estinguiéndose de un todo cuando muere abrasado en el incendio. Procurad por lo tanto combatir vuestras pasiones, esas pasiones que matan vuestras almas; procurad destruirlas, y si ya son antiguas, si han echado raices en vuestros corazones, cierto es que os costará algun trabajo, pero no por eso desmayeis: podreis lograr vuestro deseo con la ayuda de Dios que da su gracia á quien se la pida con fé y arrepentimiento, y la va aumentando, segun que nosotros nos vamos aprovechando de ella. Esa razon que dais de que os es muy dificil el desarraigar vuestras pasiones, es un nuevo y poderoso motivo para que no perdais un momento

en empezar á destruirlas: porque si ahora no podeis hacerlo sin dificultad, ¿qué será mas tarde, cuando esteis á la puertas de la muerte? Claro es que lo que ahora es dificil, entonces se hará imposible.

Tambien debeis trabajar por vencer el enemigo exterior que es el mundo, porque este conspira de muchos diversos modos para perderos, se vale de todas armas para haceros prisioneros. Vosotros vencereis vuestras pasiones interiores, pero el mundo os presentará mil objetos para haceros volver á vuestro antiguo estado. Se os motejará vuestra virtud, se censurarán vuestras obras de piedad, se os llamará ridículos y enemigos de la sociedad, si abandonais ese lujo que aplaude el mundo y condena la religion, sino asistís á reuniones donde se fomentan los vicios, y visitais las iglesias para adorar á Dios, y los hospitales para consolar y socorrer á vuestros prójimos. ¡Ah! El corazon se parte de dolor al escuchar esas blasfemias públicas, esos insultos á la Divinidad, esas desvergüenzas é impiedad con que se tratan las cosas santas por criaturas que hacen alarde de escandalosas y de inmorales. ¿Y es posible librarse del mundo viviendo en el mismo mundo? Sí, señores: y esto se consigue viviendo con la mayor vigilancia, como aconseja Jesucristo: pero esta vigilancia ha de ser sin interrupcion; ha de ser una vigilancia tal, que no dé un momento de lugar al mundo para corromper el corazon. Es menester odiar las máximas del mundo, huir con la mayor constancia de todos sus peligros, teniendo presente que, como dice el Espíritu Santo, el que ama el peligro, en él perece (1).

El demonio, ese enemigo constante del cristiano,

(1) Qui amat periculum, in illo peribit. Eccli. cap. III. v. 27.



es el que pone en juego todas sus maquinaciones, el que escita nuestras pasiones, y el que pone delante de nuestros ojos los halagos del mundo. Cual leon rugiente rodea al cristiano de continuo, para ver de conducirle por el ameno camino que guia á sus lóbregas mazmorras. Tratad, pues, hermanos míos, de vencer á vuestras pasiones y á las redes del mundo con vuestro proceder cristiano. La práctica de las virtudes, la frecuencia de los Santos Sacramentos, la lectura espiritual, la oracion y la continua vigilancia son las armas de que os debéis valer para conseguir el triunfo. De este modo vuestra vida será una preparacion para la muerte, y cuando llegue este trance por el que infaliblemente habeis de pasar, no estareis desprevenidos, y evitareis la impenitencia final, en la que suelen dar los pecadores obstinados que nada han hecho en favor de sus almas. Vosotros llamareis á Jesucristo, invocareis su nombre, y él estará pronto para comunicaros sus auxilios, á fin de que vuestra muerte sea feliz y dichosa. Ahora que estamos en tiempo y disfrutamos de salud, busquemos á nuestro Redentor amabilísimo, que con los brazos abiertos nos espera para usar con nosotros de su misericordia. Para alcanzar el perdón de nuestras culpas acojámonos con fé y confianza á la Madre de nuestro Dios, á María Santísima, que tambien es nuestra madre. Ella intercederá por nosotros con su Divino Hijo, á fin de que nos comunique su gracia; ella será una guardiana solícita de nuestras almas; nos ayudará para que no caigamos en la tentacion; nos defenderá de todos nuestros enemigos, y siendo nuestro consuelo en la hora de nuestra muerte, suavizará nuestra agonía, y en sus brazos subiremos al cielo, para ser felices por toda una eternidad.

Redentor amabilísimo de nuestras almas, que tanto deseais nuestra conversion, hénos aquí postrados en vuestra presencia, llenos de dolor por habernos apartado de vuestra divina ley. No desoigais nuestros gemidos; no nos negueis vuestra gracia; libradnos, Señor, de la muerte pésima del pecador, concediéndonos vuestros especiales auxilios, á fin de que caminando de virtud en virtud, os encontremos propicio cuando os invoquemos á nuestra salida del mundo, y de este modo nuestra muerte sea preciosa en vuestros divinos ojos, y el principio de nuestra verdadera vida en la gloria. Amen.